
CONFERENCIA VIII.

EL CORAN Y EL EVANGELIO.

La Iglesia católica adopta en las Cruzadas el principio del islamismo, el exterminio.—Que Cristo no ha combatido á Mahoma.—Cómo puede juzgarse de si una guerra se hace con espíritu cristiano.—Las guerras de la Revolucion francesa comparadas con las Cruzadas. ¿Cuáles son más cristianas?—El catolicismo y el islamismo en Europa.—Mision de España.—Desposa á pesar suyo el génio árabe en la religion.—¿Qué se deduce de la impotencia del catolicismo para reconciliarse con el Oriente?—Napoleon en Egipto.—En dónde está el secreto del poder futuro de Europa sobre Asia.

Comentando el islamismo nos hemos embebido en el espíritu árabe; para adquirir el derecho de hablar de los destinos de una raza de hombres, es necesario poder vivir de su vida, por un instante al ménos; hemos debido hablar como si nos oyese el alma musulmana. La Iglesia de la Edad-media no cesó de poner frente á frente á Europa y Asia; estas dos mitades del mundo no se conocen aun sino por el ódio que se inspiran. ¿No es tiempo yá, despues de tantos rencores,

de que ensayemos un principio de reconciliacion con enemigos de mil doscientos años?

Repítese de continuo que el Evangelio y el Coran están en lucha desde las Cruzadas; nada, en rigor, es ménos exacto. ¿Qué solucion dió la Iglesia á ese divorcio de dos grandes razas humanas? El exterminio. (1) ¿Es esta una palabra del Evangelio?

No parece que Roma haya entrevisto otro recurso. Oid los terribles gritos de guerra del papado en tiempo de Urbano II, de Pascual II; os sorprenderá la semejanza extraordinaria en el lenguaje de las dos religiones rivales. El génio del ódio ha pasado del Coran al Papa. El mismo deseo de combate, de venganza; en una y otra habla el Dios del Antiguo Testamento; pero el del Nuevo ¿dónde está? Cada una de esas bélicas proclamas de la Santa Sede, empapadas en sangre, *purpurati sanguine*, parece una página arrancada del libro de cólera de Mahoma. En medio de esos gritos de combate ¿dónde está la magnanimidad despues de la victoria? ¿Dónde la dulzura, dónde el amor cristiano que se insinua hasta en el ódio? No pidais á las proclamas de los papas estos sentimientos nuevos; la huella misma de estos se ha borrado de ellas. El móvil de la guerra sagrada es el mismo entre los cru-

(1) Hæreticos, bona fide pro viribus exterminare (Conc. Arel.)

zados y entre los mahometanos; la absolucion de todos los crímenes.

Basta decir que en esa gran lucha entre dos mundos, la Iglesia, colocándose en el terreno de su adversario, en el del Antiguo Testamento, descende de las alturas del Evangelio y pierde su superioridad con su inviolabilidad; empuña las mismas armas que se le oponen; no se sirve de las que forja el nuevo espíritu. Hierde con cólera musulmana; y en este arrebatado de ira, ni un momento de dulzura, de enternecimiento, de simpatía para su adversario. Le aborrece con ódio bíblico; no le domina. Si Jehovah es su aliado, también lo es del islamismo. Animados del mismo génio, obedeciendo á idénticas pasiones, el catolicismo de la Edad-media y el islamismo eran en absoluto impotentes el uno contra el otro; la posición tomada por la Iglesia era mala en sí, puesto que oponía al Oriente el Dios antiguo, implacable, que llevaba el mismo Oriente en su seno; las batallas estériles no producían mas que sangre. Entre fuerzas de igual naturaleza sólo el espíritu de Cristo habría decidido la victoria; pero este espíritu ¿dónde, cuando se opuso al Coran?

Tan impotente ha sido el cristianismo por el ódio como poderoso por el amor. En la Iglesia primitiva veo frecuentemente á los bárbaros cautivos de la súplica de un solitario. Un sentimiento sobrehumano los subyuga, y los nuevos señores del Occidente parecen conquistarlos todo

para cederlo todo. En los siglos once y doce, por el contrario, apodéranse de la Iglesia instintos guerreros, cúbrese con una coraza, provéese de las maldiciones de la antigua ley. Rivalizando en furor con el Coran hace rodar rios de hierro; y tanta saña, tantas amenazas no alcanzan á ponerla en posesion de la tumba de su Dios. El Cristo del Gólgota no ha querido deber su emancipacion al ódio.

¿Qué medio espiritual empleó la Iglesia, en realidad, para dominar al islamismo? ¿Qué libro oponía á ese libro completamente nuevo salido de los cielos del profeta? No se combatía la sencillez del Coran con la sencillez del Evangelio. Por el contrario, á los hombres á quienes exaltaba hasta el delirio la unidad absoluta de Dios, les presentaba la Iglesia de la Edad-media un caos de doctrinas, un cúmulo de tradiciones, de ritos, de liturgias. Si sólo Cristo hubiese hablado, tal vez habrían comprendido su lenguaje; porque ellos mismos se creian llamados á realizar su obra, pero el espíritu de Jesus sepultado bajo las formas de la tradicion de Occidente no decia nada á los hombres del desierto. La Iglesia colosal les ocultaba á Jesus de Galilea; cuanto mayor número de doctrinas acumulaba, mas impotente era contra ellos. Simplicidad, de una parte, sutileza y confusion, de otra; así las cosas, cada dia se creaban nuevas dificultades. No habia otro medio que destruirse reciprocamente sin discucion; de modo

que despues de tantas guerras en que la Iglesia ha sido á veces vencida por el islamismo no es paradógico decir que el espíritu de Cristo no ha combatido aun realmente á Mahoma ¿Queréis saber cuando una guerra es emprendida con espíritu verdaderamente cristiano? Hay un medio infalible para ello: ver si la guerra aprovecha á los mismos enemigos.

Para librar una batalla bajo el inmaculado estandarte del espíritu, es preciso que cada herida lleve consigo su curacion, y que la concordia, la alianza de las razas humanas nazca del choque. Juzgad con este criterio el espíritu religioso de las guerras de la Edad-media entre el catolicismo y el islamismo. ¿Qué ventajas han reportado á la sociedad musulmana? ¿Qué nuevo principio de grandeza han hecho penetrar en su corazon con el hierro de las batallas? Veo perfectamente como en Oriente se disminuyen los pueblos, se ensancha el desierto; busco en vano las ideas evangélicas que germinan en ese suelo empapado en sangre. La ocupacion de la espada hizo olvidar la siembra de la palabra. ¿Penetró el alma cristiana con los cruzados por las grandes brechas abiertas en Oriente? En manera alguna. Cuando Europa y Asia, fatigadas de su mútua impotencia para vencerse, se detienen, hay derecho á preguntar donde está el tratado de alianza; pero no existe. Las dos Iglesias, católica y mahometana, permanecen en el mismo sitio, exhaustas, desalentadas, careciendo de

fuerzas hasta para aborrecerse, sin conservar la esperanza de poder anonadarse.

Agregad que la duda comienza á trabajar desde este momento el corazón del catolicismo. Los pueblos habían abandonado sus hogares en la persuasión de que la Iglesia, con sólo mostrarse, disiparía el Dios de Mahoma. Se iba al encuentro de un milagro más que en busca de una batalla. Los niños mismos desharían con una mirada los ejércitos musulmanes. Pero en el camino á cuyo término se veía el exterminio de una raza de hombres, se olvidaba lo esencial, la causa de los prodigios del cristianismo, el amor á aquellos á quienes se iba á combatir. Cuando llegados enfrente del sepulcro nadie vió salir de él á los ángeles guardianes, ni conmoverse la tierra, sino que por el contrario fué necesario retirarse poco á poco ante el Islam, invadió el espíritu de los cruzados un primer sentimiento de asombro. Los que regresaron eran yá otros. Era este el primer fracaso del catolicismo. En adelante, perdido el prestigio de la inviolabilidad, la Iglesia, á quien no se había osado mirar de frente, será examinada; despiértase la sospecha, una vez demostrados por ella misma su impotencia y sus límites. El mundo empieza á entrever que la Iglesia no ha combatido con las puras armas de Cristo; desde este día hasta la reforma no se interrumpe su decadencia.

Hace medio siglo salieron de Francia otras

cruzadas, viéndose en ellas precisamente por vez primera el carácter que no encuentro en las de la Edad-media: hombres que corren á las armas sin ningún ódio hácia los pueblos que se les oponen. ¿Es el exterminio de sus enemigos lo que buscan esos primeros cruzados de la república? Es la emancipación, la elevación moral de sus adversarios; quieren reconciliarse con ellos en un principio más alto que el del pasado. He aquí la grandeza de esas primeras y santas guerras de la Revolución francesa. ¡Entusiasmo puro y verdaderamente cristiano por la alianza de los pueblos! ¡Combates desesperados sin la menor levadura de las antiguas iras bíblicas! ¿El voluntario, repitamos la palabra, el cruzado, del año III, del año IV, del año V, odiaba hasta la execración á Italia, á España, á Alemania? Amaba á sus enemigos, llevaba consigo una idea y una espada; en la noche que seguía al combate predicaba su creencia en el hogar doméstico, quería vencer para hacer partícipes á los demás de su patrimonio moral. Así, los dos ejércitos, aun húmedos de sangre, lloran en los funerales de Marceau en ambas orillas del Rin.

Franquead nuestras fronteras, entrad en las cabañas de los campesinos extranjeros, encontrareis en ellas el recuerdo aun vivo de aquellos hombres que por enemigos que fuesen llevaban consigo el nuevo espíritu de alianza: se os dirá el día, la hora en que llegaron, la palabra que repitieron y que ha germinado en una familia,

en una aldea, en una ciudad. En cambio del pedazo de pan que se les daba, cada uno enseñaba á su huésped una idea, un sentimiento nuevo, una revolucion religiosa y social. ¿Quiénes, en vuestro concepto eran más cristianos, los cruzados del siglo oncenno, que en una noche saqueaban y asolaban á Constantinopla, Antioquía, Jerusalem, ó los cruzados de Hoche, de Kleber, de Marcceau, de Desaix, de Joubert, que en la rica Italia, en el hermoso valle del Rhin, olvidaban el vino y los manjares por enseñar á los niños el nombre de la República francesa? ¿Dónde estaba el Evangelio guerrero? ¿Bajo la coraza de los señores feudales, que querian detenerse en cualquier lugar para formarse un principado, ó bajo el uniforme azul de los hombres de Sambre y Meuse y del ejército de Italia?

Para aclarar más la idea, observad las consecuencias. Terminadas las guerras de la Edad-media, Europa y el Oriente quedan enemigos, su ódio se ha aumentado. Por el contrario, tan pronto como las grandes guerras del 93 á 1813 tocan á su término, el pensamiento de Francia penetra íntegro hasta en la menor cabaña; la amistad de los pueblos que ántes no existia, nace y se forma en esa lucha de medio siglo. Cada herida que se infieren las naciones aprovecha al que la recibe: no hay combates estériles, la espada siembra y labra el mundo de grandes ideas, exhala Francia su alma en todos los campos de batalla; no bien hace una herida

derrama en ella su espíritu para cerrarla. Abandona al prisionero la mejor parte del botin, un pensamiento, una idea que germina en su sangre.

¡Guerra completamente nueva que casi siempre aprovecha más al vencido que al vencedor! Es Austria quien se aprovecha de Rivoli; Egipto, de Heliopolis: Roma, de Marengo; Baviera, de Hohenlinden; España, de Somo-Sierra; Prusia, de Jena; Rusia, de la Moscowa.

Y para acabar de dar á estas guerras un carácter que nunca tuvieron las Cruzadas, es necesario aún añadir que todos esos pueblos jadeantes que regresan á sus hogares, traen de los campos de batalla un mismo nombre, una misma figura, en torno de la cual se agrupan buscando el porvenir; fórjanse todos un mismo héroe, Napoleón. De tantos ódios aparentes, del polvo de tantos combates, levántase esa figura como la representacion viva de la alianza en el pensamiento de Francia. Cada uno de esos pueblos, y en cada pueblo cada uno de sus individuos, alberga silenciosamente bajo su techo la misma imagen; la considera y la interpreta á su manera. El árabe de Aboukir, el italiano católico, el alemán protestante, el slavo, el griego moderno, se elevan hácia el mismo héroe, de suerte que las cien batallas que forman la corona del siglo diez y nueve, conducen por todos lados á la union de los enemigos, á la alianza de las Iglesias, á la reconciliacion, es decir, al cumplimiento del cris-

tianismo. Nada semejante puede decirse de las Cruzadas de la Edad-media.

Hay un país que parecia más llamado que ningun otro á iniciar la alianza entre la sociedad cristiana y la sociedad musulmana. Al ver las juntas en España durante ochocientos años ¿quién no hubiera creído que estaban allí una al lado de otra para aprender á asociarse? Pero tambien aquí fué el exterminio la única ley que se estableció entre ámbas. En vano el islamismo, rechazado de siglo en siglo, de region en region, de Toledo á Córdoba, de Córdoba á Sevilla, de Sevilla á Granada, concluye por aislarse en algunas crestas inhabitadas: no pedia ya sino asociarse á España por el trabajo roturando las comarcas desiertas. Esa tierra misma, mitad Africa, mitad Europa, esos desfiladeros salvajes, esas rocas salpicadas de matorrales, esos paisajes de Siria que envuelven la vega de Granada, esa imitacion, ese recuerdo del desierto á las puertas mismas de las poblaciones, ¿no anunciaban un sitio creado para celebrar la reconciliacion de las razas de Ismael y de Jacob? Apesar de tantos signos, el pueblo español no quiso admitir nunca la idea de la alianza, declaró que el catolicismo y el islamismo no pueden respirar el mismo aire. Con orgullo bíblico prefirió dejar estéril una parte de su territorio á verlo cultivado en provecho suyo por los hijos sometidos del Islam, no queriendo á los Orientales ni por amigos ni por súbditos. Buscó hasta en medio de las nie-

ves de Sierra Nevada algunos restos de las antiguas tribus para arrojarlas al mar.

El año anterior asistí á la fiesta con que Andalucía celebra la fuga del rey Boabdil; al oír la campana de la Alhambra que desde la víspera comunicaba su alegría á toda la vega; al ver la muchedumbre que acudiendo de todos lados cubria las montañas y al ruido de los instrumentos se desbordaba en las galerías de los reyes moros, saltando de entusiasmo en el patio de la Cautiva, en la sala de los Abencerrages, bajo las bóvedas del Generalife, parecíame que databa de ayer la fuga de los moros, que la Alhambra era entrada á saco y que los gritos, los cantos, la embriaguez del alma eran un nuevo desafío arrojado desde el fondo del palacio árabe al génio aún amenazador del islamismo.

Porque la originalidad de España consiste en que con su santo horror al génio árabe, no puede separarse de él: le ha expulsado hace tres siglos, y él está aún de pié y vivo en su corazón; le ódia, y circula en sus venas. Aborrece á Mahoma, y su Dios tal como se lo ha forjado, tiene todas las pasiones, todos los rencores del Dios del Coran. Detesta á la Arabia, y la Arabia se adhiere á sus flancos como una túnica.

Tal es, pues, la condicion de ese pueblo, durante ocho siglos; odiar siempre el génio que imita y se asimila á su pesar. Si el pueblo español abre los lábios, desde su primer palabra sentís que ha mezclado el verbo de Africa y el

verbo de Europa: el alma de Oriente y el alma de Occidente se han desposado en la lengua española, que es á la vez un eco de Roma y un eco de la Meca. Si quiere elevar una iglesia á Cristo, une en Sevilla la catedral gótica al minarete árabe; si se penetra en el santuario, se vén, entre las reliquias, cabezas que parecen recién cortadas, como se encuentran en el desierto, en un campo de batalla. ¿No es este el rito de una comunión africana? Si celebra una fiesta cristiana, lánzase los toros al circo, con las banderillas de los moros. Si trata de convertir el nuevo mundo al Evangelio, pide su cimitarra al islamismo para decapitar de un solo golpe toda la raza americana. En fin, en la poesía es donde principalmente se consume esa alianza involuntaria. En el momento en que Calderon reanima todas las iras de España contra el islamismo y se cree el más cristiano de los poetas, entrégase á un misticismo parecido al de los poetas persas, árabes. Canta á Cristo con violencia musulmana. ¿No es evidente que en sus autos sacramentales está más cerca del génio del Coran que del génio del Evangelio? Tan cierto es que el carácter de España es desposar á pesar suyo el génio del Oriente y revolverse incesantemente contra estas nupcias odiosas. Primer boceto de alianza entre la imaginación y el sueño; pero es necesario que otros terminen el boceto, y el sueño se consume en la realidad.

Resulta de lo dicho que á la Iglesia de la edad-

media le fueron dados doce siglos para cortar las dificultades del islamismo y fué impotente para resolverlas, no habiendo sabido ni exterminar ni atraerse el mundo árabe. Sin embargo, el Occidente y el Oriente proseguían en sus luchas un mismo fin; uno y otro buscaban con igual violencia la unidad prometida por los profetas, que es el fundamento de su doble ley. Además les movía el mismo resorte moral, el terror. Que mire á Mahoma ó á Gregorio VII, veo siempre el mismo temor del último día, el mismo espanto precipitando á un mundo contra el otro; se batían porque creen inmediato su fin; un ángel de terror les impulsa al mismo choque; la misma fuerza se encuentra paralizada por su contraria.

De esta impotencia de la Iglesia de la edad-media para fundar la alianza de las razas humanas es preciso deducir una enseñanza; no es posible escapar á ella; surge por sí-misma: consiste en la necesidad de renunciar á las promesas de la Biblia ó á la política de la Iglesia, incapaz de cumplirlas. No se pueden conservar ambas cosas; esto es evidente; pero, ¿cuál de ellas abandonaremos? El antiguo testamento que señala anticipadamente el tratado de paz, ó la Iglesia que fatigada de las Cruzadas es impotente lo mismo para la paz que para la guerra? Lo repito una vez más; tal es sinceramente expuesta la situación.

Me es imposible vacilar, porque los momentos tienen una grandeza que no ha sido superada en diez y ocho siglos. La primera explosión del

cristianismo reconcilió la raza germánica y la raza romana, dándoles la misma conciencia; trátase hoy de reconciliar dos mundos más separados todavía; el mundo árabe, persa, indio con Europa.

En el fondo, esta obra sagrada habla al géneo de todos los pueblos del Occidente; por esta razon el campesino de Moscow quiere llegar á Constantinopla, Inglaterra está en Pondichery, ayer fuimos á Egipto y hoy estamos en Argelia. En esta vasta cita parece que los tres pueblos mencionados van, como los reyes magos, en busca de un gran desconocido, de la cuna de un derecho nuevo que deba acallar todas las disidencias. ¿Quién verá primeramente la estrella? El que se eleve ántes que los otros sobre el ideal del pasado. El terror católico fué impotente contra el terror musulman; el infierno de Occidente rodó sobre el infierno de Oriente, y ámbos se desarmaron recíprocamente. Despues de tantas batallas, falta aún asediar al islamismo con el principio que no posee. No basta combatir desde lo alto de la Iglesia católica; es preciso luchar desde lo alto del espíritu cristiano. ¿Quién sabe de lo que es capaz en Asia Cristo, reapareciendo de repente y en realidad en el desierto, en el espíritu, en la ley y en las acciones de un gran pueblo?

Napoleon, refiriendo la expedicion á Egipto, se detiene en un hecho que explica en parte su poder sobre la imaginacion oriental. Un dia que estaba rodeado del divan de los grandes jeques, le

participan que los árabes acababan de matar á un pastor y de robar su rebaño: se indigna y envia trescientos caballos para castigar á los culpables. Asombrado de esta simpatía hácia un extranjero y del gran número de hombres que se molestaban por causa de un miserable, un jeque exclamó: «Es que ese pastor era pariente tuyo para que montes de tal modo en cólera?» «Sí, respondió Napoleon, todos los que mando son hijos míos.» «¡Ah, dijo el jeque prosternándose, hablas como el profeta!» Hé aquí un corto instante en que el géneo del Islan fué subyugado por el géneo del Evangelio. ¿Cuál fué la causa de que los hombres del desierto se plegarán en aquel momento ante el representante de Europa? Una palabra verdaderamente religiosa realizada por un bravo poderoso. Si Napoleon se hubiese contentado con disertar acerca de la caridad y de la solidaridad predicadas por los apóstoles, no hubiese enseñado nada á los orientales; pero este pensamiento del Evangelio brillando espontáneamente en una accion, fulguraba para ellos como un lenguaje sagrado. Aplicad esta palabra á la política entera, y tendreis el secreto del poder futuro de Europa sobre Oriente. ¿De qué se trata despues de todo? De probar á Asia que el espíritu de Dios se ha hecho carne; para esto no encuentro otro medio que mostrarle pensamientos divinos en acciones humanas. ¿Dudareis vencer al Oriente de que la sabiduría de lo alto se ha encarnado diez y ocho siglos ha? Haced más

todavía; probadle que esta sabiduría, este amor, este paráclito esperado, se encarna hoy mismo en el mundo bajo la forma de la sociedad europea. Cada época dice el Coran, tienesu libro: mostradle, no con disertaciones sino con actos, que el nuevo libro se escribe diariamente en la vida social. Extended, abrid la Francia en el desierto como un gran libro, cada una de cuyas líneas se realice en un hecho, en una justicia más alta, en una obra más potente, en una gloria más espléndida, en una política más santa. Ese medio es el único que puede hacer palidecer á la larga las letras centelleantes del Coran. Los cruzados no buscaban sino la tumba de Cristo, los musulmanes quedando dueños del sepulcro, pensaron quedar dueños de Dios. Demostradles que para nada necesita la tumba, puesto que ha resucitado y que vuelve á sentarse en espíritu á la entrada del desierto.

En la otra extremidad del Oriente, Inglaterra pesa á su vez sobre el islamismo. Por una fatalidad extraordinaria, á medida que crece en poder, siente escapársele su presa. Los niños ingleses nacidos en territorio indio, (1) mueren casi sin excepcion ántes de alcanzar la edad madura. Aquella tierra los devora. De aquí resulta que

(1) *La India bajo la dominacion inglesa*, por el baron Barchou de Penhoen, pág. 178.—*Informacion de la cámara de los Loores*. Véase págs. 54-55.

empieze á considerarse como imposible una India verdaderamente inglesa. Ocupada Inglaterra en arrancar á la India su tesoro, como otras veces España á América, no puede ni aun soñar en mostrar el espíritu cristiano al Oriente. Debemos decir lo mismo de Rusia, que no obra sino por la fuerza física ó por la codicia sobre el mahometismo de Constantinopla. En estas circunstancias, Francia únicamente parece llamada á una conquista más bien intelectual que material. Da, no recibe; deja la tierra, se ocupa del hombre, y se diría que hasta hoy no ha querido apoderarse sino del alma y el espíritu de los árabes.

Así, en este último choque con el islamismo, es en el corazon Francia donde se prepara la verdadera cruzada. En vano opondremos á una religion estraña, una masa de soldados intrépidos, es necesario que el islamismo sienta detrás de las filas la accion continua del alma de un gran pueblo. No creais que los desiertos son sordos, oyen lo que decimos, saben si nuestro pensamiento está bien ó mal templado en nuestro seno. Africa oye el rumor mismo de los delirios de nuestro pueblo.

Ese resto del poder musulman procede de que se han encerrado en la idea de Dios como en una ciudadela inexpugnable; el Occidente se ha detenido con demasiada frecuencia al nivel del sacerdote. Apresurémonos á subir más alto. Todo Arabe es sacerdote de la guerra; todo europeo

debe ser sacerdote de la alianza.

¿Quién sabe cuántos años son necesarios ántes que nuestra Francia musulmana pueda bastirse á sí misma? Durante este intervalo es menester que Francia sea caritativa con Africa; posicion puramente moral para con los pueblos de Mahoma. Hélos colocados bajo nuestra tutela, y estamos en la obligacion de nutrir la conquista con nuestro pan y nuestra alma. Los buques franceses llevan á Africa el trigo de nuestra tierra, pero los pensamientos, el puro trabajo del espíritu, llegarán por vías más rápidas.

Sigamos, pues, elevándonos para dominar las guerras sagradas. Acabemos juntos el trabajo comenzado de la nueva vida, que debe no tan sólo fortalecer á Francia, sino comunicarse, tarde ó temprano, al génio extinguido de las razas del desierto. Si en el fondo de esas ruinas, de esos pueblos, de esas religiones caidas queda aun la menor chispa moral, Francia tiene la mision de hacerla brillar. Es necesario que tengamos bastante vida para resistir dos veces á la muerte, en Roma y en la Meca.

CONFERENCIA IX.

LOS PRECURSORES DE LA REFORMA.

Advertencias á la Iglesia: el cisma griego; la diplomacia introducida en el dogma.—El Renacimiento; reconciliacion de Grecia é Italia por la intervencion no de la Iglesia sino del arte.—Los albigenses.—Santo Domingo.—La inquisicion española: pensamiento del Coran bajo una forma cristiana.—La Reforma entre los poetas del Mediodía; entre los doctores.—El Papa y el concilio se desautorizan mutuamente.—Aparece una nueva autoridad: Juan Huss.—La IMITACION DE JESUCRISTO, libro de alianza entre protestantes y católicos.—Abre una nueva era.—Dios y el hombre conversan sin el sacerdote.—Último aviso.—Juana d' Arc; al poder del alma se le llama sortilegio.—Legitimidad de la Reforma.

Las épocas de que nos resta que hablar se aproximan á la nuestra; el suelo se caldea cada vez más bajo nuestros pasos. No encontraremos ya un solo acontecimiento en el mundo del espíritu que no nos ataña; mantengámonos, pues, en la region elevada en que vemos formarse las ideas de los pueblos, su génio, sus destinos y sus tempestades. Buscamos la verdad, la belleza, la libertad moral. ¡Qué nos importa lo de-